# Protesta de mar

Aurora Luque

AURORA LUQUE en La Bolsa de Bilbao, octubre 2016 (Foto de Marisa Díez Ezquerra)

## *Obra viva, obra muerta*

Obra viva o carena: es la parte sumergida del casco.
Obra muerta: parte del casco que emerge del agua.

Sabía de la vida
quien así bautizó las mitades del barco.

Al sol y a la intemperie,
lo demasiado claro,
lo que el mundo carcome de nosotros,
lo que ha dejado ya de palpitar,
lo seco, lo tensado,
los cables, las amarras,
el mascarón obtuso y maquillado.
Las sirenas del puerto,
sus imperiosas voces de contralto.

Mirando la negrura, la obra viva:
el mórbido contacto
con lo que fluye y huye,
los sueños que succionan
el indecible plancton,
el roce con cardúmenes inquietos,
con escualos, con náufragos,
y las sombras de carne de molusco
que proyectan los cuerpos
bajo el sol enlazados.
Las sirenas del fondo,
sin pulpa de sonidos,
pero deseo aullando.

Las sirenas de arriba,
las sirenas de abajo.

## *Nomenclatura náutica*

El mar habitó antes dentro de su nombre,
entre sus pocas letras. Una cartilla de papel grisáceo.
La sílaba importante, *la eme con la a*,
en tinta roja. La erre final, en negro. El dibujo
que le correspondía a aquellas letras,
un presunto, lineal acantilado que nada sugería
de inmensidad o de azules
o de brío de olas.
Cuando, meses después, el mar de agosto
desplegó su opulencia de horizontes,
lo supe: habían mentido. El Libro, la Cartilla
de aprender a leer -esa protagonista respetada
en mañanas de frío y de interior-
me habían engañado.

A otras cosas quizá las atrapa el lenguaje
y caben, cómodas y ajustadas, en sus nombres.

El mar no es una de ellas.

## *Escala Douglas*

Hay caridad en las olas.
Se llevan, no sé a dónde, las soledades tóxicas.
Quizás a algún depósito de infiernos.

Te toman la amargura,
la disuelven,
la lavan.

Trabajan como un músico las olas.
Son construcciones frágiles
de presente purísimo.
Su armonía liquida
todo tu sucio caos.
Trabajan como músicas.

## *Sobremesa*

La mesa, si se puede, dando al mar. ¿El almuerzo fue lento?
Se permite olvidar quien habla con amigos
que el tiempo sigue afuera, golpeado
por el reloj, el duro oficial de rutinas.
Intervienen las olas
en la charla, con sus picos de espuma y de molicie
y sus frescas honduras. Así nuestras palabras:
una vez conversados los trabajos y días,
entre platos vacíos de aceitunas y rojos salmonetes,
cuando el vino roló de copa en copa,
entonces buscan silla raros sueños, esas puntas de anhelo
tan sólo compartible con aquélla o aquél a quienes llamas
*amigos* con orgullo luminoso y antiguo.
Los grumos de fracaso se disuelven, logran su medicina
mecidos entre palos de dos o tres veleros sesteantes
y gaviotas que espían la modorra del mar.
Ya se apaga el rumor en otras mesas.
Qué bálsamo la escucha,
dejar viajar los ojos con las alas del vino al horizonte,
aceptar como joya donada por la vida
la capa suavemente moteada
que el sol pone en los hombros
de esta hora de amigos.
-Que el ferry de Caronte me permita
facturar esta bolsa de memorias.

## *Hoplita*

Se ha podido determinar que se trata de un bronce binario con bajo contenido en estaño, como es habitual en los cascos griegos [...] Por lo tanto, el casco ha llegado a nosotros convertido en productos de corrosión de colores verdes, azules y rojos que corresponden fundamentalmente a carbonatos de cobre (malaquita y azurita), cloruros de cobre y, en menor medida, óxido de cobre (cuprita).
(Constanza Rodríguez Segovia y Esther Núñez Pariente de León)

De entre los artefactos de un museo,
esos huecos -la calavera ya deshabitada,
el vacío sin ojos de los yelmos,
los ojos sin pupila de la estatua-
con cuánto desamparo
interpelan y acucian
a mirar hacia adentro, a mirarte el lugar
donde piensas que piensas,
a mirar ese forro de cuero protector
que te cubre de todas las batallas
–pues fuimos pacifistas
y dulces y aun abúlicos.

Hay un casco corintio, de guerrero, en el nuevo museo.
Llegó por mar. Durmió bajo milenios
de ciudad-cobertor.
Quien poseía un casco
conocía el proscenio de la muerte, las moles
de su dique. Sabía que hay un dios
que gusta de volcar regaderas de sangre entre los surcos
de los campos sin trigo, que le rompe las cuerdas a las cítaras,
que las flautas obtura con el lodo del pánico.

Crea el tiempo relatos engañosos
de sí mismo. Su corroído azul es más lozano
que el brillo del metal recién bruñido.

Qué fresca la memoria
bajo la corrosión erótica del tiempo
-en sus modalidades menos aniquilantes,
casi acariciadoras siglo a siglo.

Escúchame, guerrero, hombre del casco azul y malaquita
que vuelves a la vida al beso de arqueólogas.
No sé si te costó seis bueyes o si acaso
lo heredaste de manos de tu padre, o si lo arrebataste
al griego que llamaron tu enemigo.
No sé qué vino fuerte te alegró la garganta
ni cómo malolía tu barco o qué riqueza creíste poseer;
si añorabas qué brazos, o qué placer hallabas
al subir a los lomos de las olas
o cuánto odiaste sus salitres rudos.
Pero apuesto a que el miedo tuyo y mío
pudieran ser hermanos, compañeros.
El miedo a que la vida
no tuviese más fuerza para erguirse
que un mástil o que un loto
o un tronco de palmera que oscilara
vencida por el viento de levante
ante la puerta abierta de un palacio.
El miedo a que la muerte
no fuera un puerto plácido y desnudo,
hijo de la misericordia de la mar
en los confines.

## *Tuneando al pirata cojo de Joaquín Sabina*

(Léase recordando la encantadora música)

*No soy una* chica *con la lágrima fácil,*
*de* ésas *que se quejan sólo por vicio.*
La vida no se deja ni coger de la mano
y me escupe: -Tú no sabes mi oficio.
Aunque sale caro hasta soñar
y disfruto con mi en-carnación,
*con un poco de imaginación*
*partiré de viaje enseguida*
*a vivir otras vidas,*
*a probarme otros nombres,*
*a colarme en el traje y la piel*
de las mujeres
que tal vez seré.

Ser Michelle en Chicago,
Pasionaria en las minas,
Camille en Montparnasse;
guerrillera en Colombia,
ménade por las noches,
Juana de Arco en Orleáns.

Reportera en Sodoma,
amazona en Turquía,
en Siberia ser tren;
¿chica Bond? Ni lo sueñes;
trapecista en el bosque,
Eleonora en *Napolés.*

Colette en Montecarlo,
un buen vino en tu boca,
Sontag en Nueva York;
la poeta del barrio
aunque sé que no toca,
hereje en religión.

Levitando, Teresa,
doña Pepa por Cádiz,
Marianne en París;
Mariana en Granada,
bodeguera en Burdeos,
prima de Thelma y Louise.

Nadadora en Australia,
insumisa en la tierra,
Liza en su cabaret;
escritora en tu espalda,
con Rossini soprano,
la que quemó el burdel.

La Zambrano en La Habana,
Isadora en Atenas,
y Zinda en Angolá;
nómada por tu cama,
directora en Viena,
por Oriente, Calaf.

Libertad en Manhattan,
Ágata detective,
Vanessa en Camelot;
guionista de tus sueños,
Nausica fugitiva,
sirena en tu colchón.

Alpinista en el Tibet,
Lisístrata en la guerra,
Murasaki en Japón;
ser un río en la India,
Aphra Benn por los mares,
y Frida en Mexicó.

*Pero si me dan a elegir*
*entre todas las vidas, yo escojo*
la vida de gaviera que trepa por el palo,
con ojos abiertos, telescopio en la mano,
curtida en el mar, capitana
de un barco que tuviera por bandera
un par de alas y una estrella nueva.